



www.loqueleo.com/ec

© 2010, Cecilia Velasco

© De esta edición:

2018, Santillana S. A.

Calle de las Higueras 118 y Julio Arellano, Monteserrín

Teléfono: 335 0347

Quito, Ecuador

Av. Víctor Emilio Estrada 626 y Ficus, Urdesa Central

Teléfono: 461 1460

Guayaquil, Ecuador

ISBN: 978-9942-19-822-8

Derechos de autor: 033826

Depósito legal: 004448

Impreso en Ecuador por Imprenta Mariscal

Primera edición en Santillana Ecuador: Julio 2010

Primera edición en Loqueleto Ecuador: Julio 2017

Décima impresión en Santillana Ecuador: Septiembre 2018

Editora: Annamari de Piérola

Ilustraciones: Lele Liger

Corrección de estilo: María de los Ángeles Boada

Diagramación: Juan Carlos Carrera

Supervisión editorial: Sylvia Gómez Bowen

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de la editorial.

Selva de pájaros

Cecilia Velasco

Muestra
promocional

Prohibida
su venta

© Santillana



loqueleto



*A la hacendosa Martha, mi madre,
y a Zoila, mi abuela*

A Francis

A Carmen, por los proféticos sueños



*El amor es más sabio
que la filosofía,
aunque esta sea sabia;
más fuerte que el poder,
por fuerte que este sea.
Sus alas son color de fuego
y su cuerpo color de llama;
sus labios son dulces como la miel
y su hálito es como el incienso.*

OSCAR WILDE, *El ruiseñor y la rosa*

Índice

Muestra
promocional

Prohibida
su venta

© Santillana

Convaleciente	13
La mamá y la abuela	21
Un, dos, tres: ¡estatuas!	25
La señora de las inyecciones	33
El sueño y la cantante	41
El cajón secreto	49
El día que atropellaron a Selva	55
En el Parque Inglés	63
Un libro mágico	67
Poema del petirrojo	71
El dolor desaparece	75
El corazón de Selva	81
Riccarda y la cena	87
Los cristales de la abuela	93
Estrellas y constelaciones	97
Gracias, petirrojo	105

Biografía	109
Cuaderno de actividades	111

Convaleciente



Desde la cama, Selva mira caer la lluvia y, cuando quiere ver mejor, rueda sobre la colcha tejida, aunque todavía duelan mucho la pierna y la cadera.

13

Ya frente a la ventana, corre los visillos (*visillos*, qué palabra tan graciosa) y ve temblar las hojas del arbusto de la acera, las ramitas de cedrón, los pétalos de las rosas de Castilla, y otras plantas que no sabe cómo se llaman, tan bonitas y lavadas por el agua que cae.

Si fija la mirada con más atención, puede distinguir que una gota, una, se ha quedado al extremo de aquel tallo, indecisa entre caer y quedarse a vivir allí para siempre. Pero no hace falta concentrarse para reconocer que la

habitación se ilumina de pronto por un relámpago. A veces también llega un sonido poderoso: el trueno, ¡qué buen nombre!



Su cuarto y hasta la sala tiemblan un poco con el sonido poderoso. Hay luz con el relámpago y ruido con el trueno, y una mezcla de alegría y tristeza con la lluvia. Así es esta época de abril.

Las hojas siguen bailando allá afuera, delicadas y transparentes, y ahora la lluvia cae más espaciada. Muchas gotitas están al filo de los arbustos, como bombillos en un árbol de Navidad, como mandarinas diminutas o canicas.

Allí está este sonido que ha acompañado a Selva intermitentemente en los meses de convalecencia: ritmo de la lluvia sobre el pavimento, unos días, y sol y brisa, otros. La ciudad cambia mucho, cada hora y cada día.

Selva está encantadísima con su pijama de tela piel de durazno, como la ha llamado la mamá, que es la mejor bordadora del barrio. A la niña le gusta mucho cuando su madre le enseña el álbum con el que se graduó de costurera hace algunos años en un internado de monjas: ramos de flores, frutas en canastas, estrellas, y todo pintado con hilos de colores.

Aunque la madre de Selva tiene treinta años, y algunas veces se enreda el cabello frente al espejo o se pinta los labios con tonos nacarados (dice que esos son los que más le gustan), o se ve al espejo de pies a cabeza, por delante y por detrás, a veces parece más bien una niña, como cuando se pone a dibujar payasitos en el cuaderno infantil, mientras suspira y no quiere ser vista por nadie.

La pechera con encajes y cintas, metidos los pies en las pantuflas de felpa, sentada en el taburete rojo, sus ojos alcanzan perfectamente a atrapar los dos gorriones mojados que buscan gusanitos o, quizá, los granos de arroz que la abuela habrá arrojado por la mañana al patio. Con cuánta velocidad hunden sus cabezas entre el césped recién cortado. Selva se asombra de que puedan saltar tanto y tan ágilmente con sus patitas de alambre. Y en la verja del jardín, está serio, y con el ceño un poco fruncido, el mirlo de pico anaranjado que la visita cada tarde, porque por la mañana es el turno



de los colibríes, en este barrio que debería llamarse el Barrio de los Pájaros. Hasta por la noche, cuando ya está dormida, los escucha, y a veces son los trinos los que la despiertan. ¡Qué curiosidad siente de saber qué pájaros son los que han hecho un nido en el arbusto de su vereda! ¿Colibríes?, ¿mirlos?, ¿gorriones? Esos que nunca ha visto y de los que solo ha escuchado los gorjeos.

La niña tiene la trenza perfectamente hecha, atada al extremo por una cinta roja de raso. Es que la abuela, además de ser una gran cocinera, jardinera y pajarera, la cepilla tan bien, aunque a veces le haga doler por los tirones. Abuelita cree, además, que hay que estar guapa para reanimarse y, por eso, mientras la madre está trabajando en la fábrica, la peina cada día con agua de romero. De rato en rato, Selva se lleva la mano al hombro, allí también duele mucho. Los clavos que han debido ponerle le molestan, sobre todo cuando hace frío.

No le gusta recordar las cosas malas y, en cambio, tiene trucos para que vengan los mejo-

res momentos, como cerrar los ojos con fuerza sobre la almohada en la que la abuela mete flores de tilo para espantar las pesadillas y recordar la delicia del agua tibia de la piscina; como recostarse en el regazo de franela para sentir esa mano que firme y suavemente recorre la cabeza, las orejas, las mejillas. Así, Selva revive la sensación de mecerse en el columpio del parque, lentamente pero en ascenso, mientras los charcos a sus pies se hacen más pequeños.

El dolor disminuye y ella recuerda los mediodías, cuando llegaba en el autobús de la escuela y, luego del almuerzo, caía el aguacero tremendo de octubre, acompañado del granizo que llenaba el patio, la piedra de lavar, el espacio del garaje: todo se hacía blanco, como si fuera la Nochebuena en algún país lejano. La abuela le daba a Selva un recipiente (lo llamaban «el jarro granizado») y ella recogía esas canicas que ardían en las manos. Esas canicas que ahora, en esta tarde de abril, son solo gotas de agua que cuelgan de las hojas y las ramas de los árboles del jardín y de la calle.

La mamá y la abuela



Sabe que su mamá llegará muy pronto para el almuerzo, pero tendrá que volver al trabajo en una hora para cumplir con la jornada de la tarde. Escucha, en la cocina, el movimiento que hace la abuela, el ruido de los trastos, la música que sale de la radio, en volumen bajo desde su accidente.

21

Cojeando, va hacia el armario para ver colgado el delantal de la escuela, a la que no podrá asistir durante los próximos meses, seguramente hasta que se acabe el año escolar. Allí mismo están los zapatos más lindos que una niña pueda imaginar, lustrados justamente aquel horrible día, y los vestidos que su mamá le ha hecho desde siempre. Toca las faldas plisadas del uniforme, las blusas, el mandil, el sal-